

13.

MAJAS Y TOREROS





MAJAS Y TOREROS

A

TIJO

LAGARTI

IELO

FRASQUEL

Y

TINI

MAZZANT

NOVELA POPULAR

POR

LUIS BLANC



EDICIONES POPULARES

MAJAS Y TOREROS

NOVELA ORIGINAL

DE

LUIS BLANC



MADRID

ADMINISTRACION

CALLE DE ALCALA, 45, SEGUNDO

1884



EDICIONES TORRES

SORROT Y SALAM

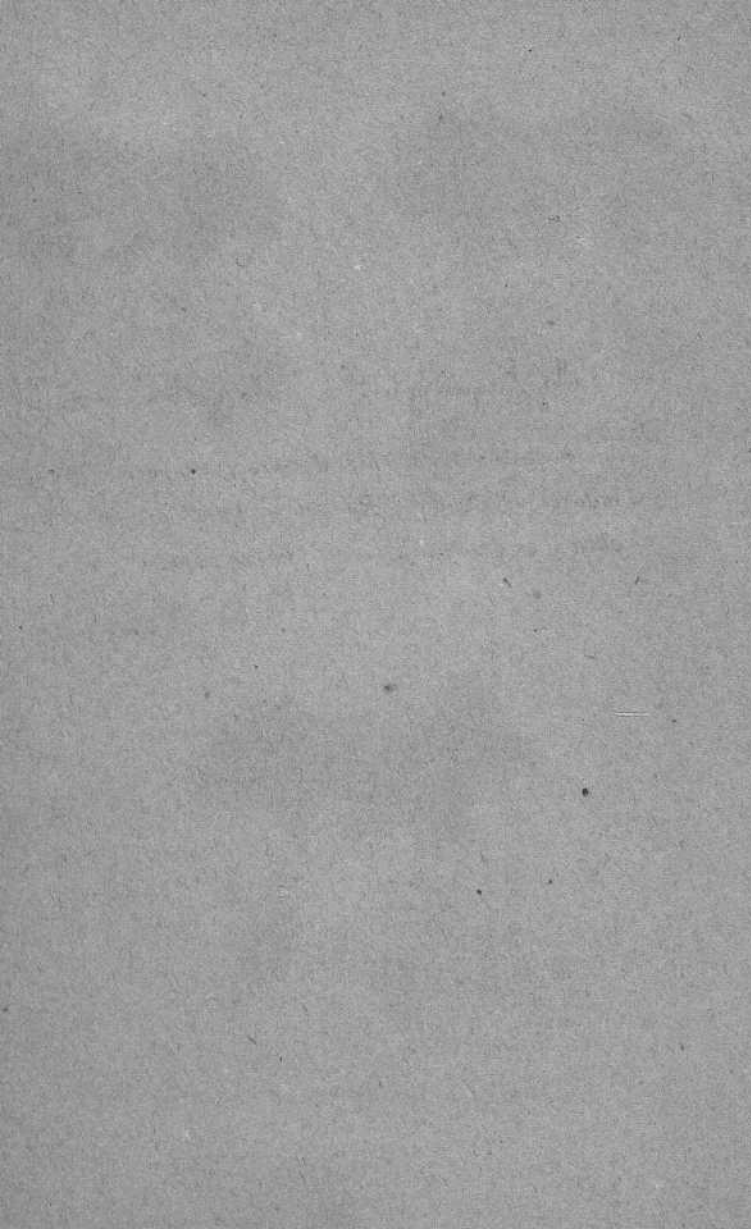
Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Imprenta de U. Gomez, calle de la Cabeza, 36, bajo.

A Lagartigo, Frascuelo y Mazzantini

A vosotros, valientes diestros, simpáticos matadores, Salvador, Rafael y Luis, dedica esta obra y os desea salud y..... buena suerte

El Autor.





CAPITULO PRIMERO.

LOS CELOS.

La esfera del reloj de la Plaza Mayor de Madrid, marcaba las doce.

Era una noche fresca, de un día desapacible del mes de Mayo.

En el momento de vibrar la campana del expresado reloj, confirmando la hora que las saetas apuntaban, un hombre de altivo continente, de mediana estatura, con firme paso, atravesaba el arco que de la Plaza Mayor conduce á la calle de Toledo.

El ala pronunciada de su redondo sombrero descansaba en las cejas, bajo las cuales negras pestañas velaban unos ojos, que sin ser grandes, irradiaban sin cesar, como el lucero del alba, cuando en constante oscilacion nos presenta sus brillantes colores, sobre el despejado firmamento, en una encantadora noche de la risueña primavera.

Dirigia sus pasos hacia la Plaza de la Cebada, á impulso de su pensamiento, que se hallaba fijo, permanente, en una casa cercana á la fuentecilla.

Nada le distraía.

Ni los serenos de comercio, abriendo y cerrando las puertas.

Ni el ruido de los últimos tranvías á Carabanchel y Leganés.

Ni las voces pregonando *La Correspondencia*.

Ni los requiebros de color subido que á determinadas horas y en ciertos barrios de Madrid se escuchan con frecuencia y que si bien algunos revisten formas que rechaza el buen sentido, otros llenos de gracejo, chispeantes y oportunos, revelan el carácter del pueblo español, al que rinden culto todas las naciones del mundo por su hidalguía, su gracia y nobleza sin rival.

Por instantes aceleraba sus pasos Salvador, que así se llamaba el que envuelto en española capa y preocupado con la idea que en absoluto le absorbía, no se daba cuenta de cuanto le rodeaba.

Apenas había cruzado por delante de la calle de la Sierpe, una voz le detuvo, llamándole por su nombre.

—Hola, Luis—contestó Salvador—tendiendo la mano á un hombre de finos modales y de simpática fisonomía en la que se leía la bondad de su carácter y la belleza de su corazón.

—Iba en su busca—exclamó Luis.

—Me encuentro á su disposición—contestó Salvador.

—Pero no estamos bien en la calle—objetó Luis.

Y ambos movidos por un mismo sentimiento continuaron en dirección á la fuentequilla.

Breves momentos despues en una pastelería muy conocida en la calle de Toledo, conversaban ambos amigos y camaradas, frente á unos pasteles y cañitas de cristal, que contenian superior manzanilla de Sanlúcar de Barrameda

—No más preámbulos y hablemos V. con toda claridad. A un amigo no se le abandona con el cordel al cuello—decía Salvador con triste acento y reconcentrada ira.—Ya V. sabe que le estimo.

—Pues allá va—respondió Luis con aire resuelto—Rosa le engaña.

—¡Mentira!—exclamó Salvador—haciendo pedazos

contra el velador, la caña que en aquel momento llevaba á sus labios.

—¡Salvador!—dijo Luis poniéndose en pié y con enérgico ademán—sino le quisiese como á un hermano!...

—Tiene V. razon, á amigo Luis, dispénsome, tome asiento y por favor continúe; pero antes conteste V. ¿Ha sentido alguna vez la congoja de la agonía? ¿Ha sufrido V. los dolores que produce el hierro candente aplicado al cuerpo humano? ¿Ha podido apreciar la pena desgarradora de una madre al ver despedazar á su hijo? ¿V. ha llegado á comprender el agudo, el gigantesco dolor, que sentirá el hombre cuando el asta abrasadora de un toro, taladre su corazon?

Pues bien, todas esas penas, todos esos sufrimientos, cuantos dolores se conocen para atormentar al sér humano, son pálidos ante el tormento que producen los celos, torrente de lava, que calcina cuanto toca, que sólo deja cenizas por donde pasa y que luego se torna en feroz huracan, en simoum abrasador que agosta el corazon y marchita el alma, para arrojar alma y corazon, en el abismo de la desesperacion eterna.

Ahora comprenderá V. mi situacion y perdonará la inconveniencia de mi frase.

—Es verdad, Salvador. Deme V. un abrazo y la mejor prueba de mi sincera amistad es colocarme á su lado para cuanto me necesite en este asunto. Yo hablé con el corazon.

—Mil gracias. Es V. una persona muy digna—y Luis continuó:

—Hace tres dias me hallaba en casa de Rodajas cuando entró la Lechuza, y aunque alejado mucho tiempo de Madrid, la conozco.

—Buena pieza.

—Sin desperdicio.

—Siga V.

—Vino la cosa rodada y habló de Rosa.

Yo callé, pero ví á la Lechuza e a los medios, la eché el capote, y me siguió á la barrera.

—¿Y se pegó á las tablas?

—Recelosa. Y allí, vamos... y allí... Me ceñí á ella.

—Con la serenidad que sabe V. hacerlo ante los toros.

—Mas, porque se trataba de un asunto de interés para V. y yo le quiero, maestro. La cité, y arrancó diciendo que el baron del Bosque habia dado una cita á Rosa.

—¿Y acudió la chiquilla?

—No, hombre, pare V. los piés, que si no...

—Continúe V., que se desgarrá el alma.

—Prosiguió Lechuza manifestando que Rosa le daba la cara, y que lo que no pasa hoy, sucede mañana, y que á veces ocurre en un minuto, lo que no ocurre en un año.

—¡Miserable Lechuza! Ayer la ví salir de casa de Rosa.

—Lleva estampas á su madre para librase de los demonios, y cachos de velas que roba en los templos, y que al arder dichos cabos, dice la bruja que se alejan las tempestades.

—A que no lléva ningun preservativo para salvarnos de los Miuras y de los Veraguas.

—Acaso algun día procure salvarle del bicho por un medio eficaz, pero como yo esté á su lado, no harán falta los específicos.

Calló Luis, y guardó silencio Salvador, entregándose á cuanto acababa de escuchar, bien ageno del valor que encerraban las últimas palabras de Luis.

—Hasta mañana,—dijo Salvador poniéndose en pié.

—¿Le acompañe?—preguntó Luis con acento cariñoso.

—No, pero agradezco sus leales ofrecimientos.

—¿Le puedo hacer falta?

—Voy á verla.

—Por eso mismo.

—No se moleste; lo dicho, hasta mañana.

—Adios Salvador—contestó Luis estrechando la mano de su camarada.

Ambos se despidieron en la puerta de la pastelería.

Luis se dirigió por la calle arriba, y en distinta direccion Salvador.

Ninguno de los dos amigos observó al pisar la acera que al mismo tiempo tres hombres daban vuelta á la calle del Humilladero.

CAPITULO II

AMOR Y ALEVOSÍA.

En una sala modestamente amueblada se veian pendientes de la pared, varios cuadros, unos con imágenes de Santas y otros representando escenas del toreo.

Sobre una mesa cubierta de fino tapete de batista con bonito encaje imitacion, se destacaban cuatro jarrones que, llenos de agua, mantenian la frescura de preciosas flores.

En el centro de estos jarrones de porcelana se encontraba cual una perla en su concha, la vírgen de la Soledad, de talla, y sobre ella, pendiente de una labrada palomilla, una preciosa y diminuta lámpara colgada por tres afilegranadas cadenas de plata, en cuyos remates figuraban igual número de angelitos en caprichosa postura.

Al través de trasparente cortinaje, se veía una cama blanca que destacaba en el fondo de la alcoba como la paloma destaca al extender sus alas para co-

bijar á sus pichones, sobre la verde alfombra, que tapiza el delicioso valle.

Reinaba en aquella estancia el mayor silencio.

Próxima á una reja y sentada en una silla leyendo en un libro, se hallaba una hermosa jóven de 22 años. Tez sonrosada, ojos garzos y expresivos, mirada penetrante, cejas al pincel y su frente cubierta con caprichosos rizos castaños. Dos trenzas descendiendo sobre los hombros, besaban aquel cuello que parecía cincelado por el buril del célebre Venvenuto.

De tanto en tanto, apartaba sus ojos del libro, los fijaba en la reja y escuchaba. Tan solo se oía el ruido del agua en la fuente, Rosa elevaba sus pupilas á la techumbre, y lanzando un hondo suspiro, tornaba á leer.

De pronto abandonó el libro exclamando: Ahí está.

Sonaron dos golpes en la reja.

Giraron las maderas sobre sus goznes.

—¡Dios mio!—exclamó Rosa.—Cuánto has tardado.

—Contra mi voluntad—repuso Salvador.

—¿Quién te distrajo?

—El alma de mi alma.

—¡Entónces!

—Tú, mi vida.

—Me quieres—balbuceó Rosa con amoroso acento.

—Eso no se pregunta. ¿Y tú, correspondes?

—Como los ángeles corresponden al cariño de Dios.

—¡Tengo una pena!—dijo Salvador suspirando.

—¿Grande?—preguntó Rosa con especial interés.

—Como la inmensidad.

—¿De que procede?

—De la peor de todas las enfermedades.

—¡Tú enfermo!

- De celos.
- No pagues con ofensas mi consecuencia.
- ¿Sera eterna?—preguntaba Salvador retratándose en las pupilas de su amada
- Como el Supremo.
- ¿Lo juras?
- Por la cruz del Redentor—dijo Rosa con firmeza.
- ¿Conoces al baron del Bosque?
- Ayer oí hablar de él.
- ¿A quién?
- A la Lechuza.
- ¿Qué te ha dicho?
- Que me vió en la última corrida, que le era muy simpática, y que me haría feliz.
- ¡Vive Dios!—exclamó colerico Salvador.
- Calla y no te impacientes ¿qué te extraña que él quisiera hacerme feliz, ignorando que con tu amor soy la más dichosa de la tierra?
- El insistirá.
- Imposible.
- Llegará hasta tí.
- Y entonces habrá concluido la comedia con la rápida caída del telon.
- Y yo le daré una por todo lo alto.
- No te incomodes, que no saldrá del chiquero.
- ¿Allí lo rematarás?
- Con la puntilla.
- ¡Sol de los soles!—exclamó Salvador con frenético entusiasmo.
- ¡Amor del alma!—contestó radiante de alegría Rosa.
- ¡Gitana encaltadora!
- ¡Diestro, entre los diestros!
- ¿De veras?
- Por mi salud.
- Te dejo el corazon.

—Te acompaña mi constancia y contigo va siempre mi lealtad.

—Retírate antes que al ver tus ojos huyan los luceros avergonzados.

—Y tú descansa encerrado en tu morada, para que el Sol pueda alumbrar á esta tierra sin temor.

Se entrelazaron las manos de la doncella y el matador y el susurro de la fuente cuenta que escuchó el estallido de un ósculo que acaso se perdiera sobre alguna blanca mano, en la que se reflejaban las tintas de la aurora.

La reja se cerró y el amante dando vuelta á la esquina se dirigió por la calle de Calatrava, en la que reinaba la más completa soledad. Entregado al recuerdo de la escena que acabamos de describir, y con pausado andar, se recreaba contemplando despejado el horizonte de su dicha y tarareando la marmarcha de Pepe-Hillo, caminaba sin ver que dos hombresle seguían, y otro por la acera de enfrente, le ganaba terreno.

—Ahora es el momento—dijo uno de los dos primeros empuñando un soberbio cuchillo en su diestra.

—Deja—contestó el otro con una descomunal navaja en la mano—que ese le cierre la huida.

Un segundo despues, los tres asesinos levantaban sus armas homicidas sobre el indefenso Salvador, en cuyo momento aparecia Luis en lo alto de la calle.

CAPITULO III.

LÓS GOMOSOS.

Estamos en el comedor de la casa que habita el Baron del Bosque.

Elegante salon. Sillería de caoba con preciosos tallados. Aparadores de exquisito gusto, que contienen magníficos objetos de porcelana, china y cristal, preciosas vajillas de Sevres y Sevilla.

Una elegante lámpara que pende en el centro de la estancia estiende su luz por una mesa ovalada, en derredor de la cual se encontraban media docena de *calaveras de buen tono*, pero que á pesar de su alcurnia profieren palabras mal sonantes y abusan del Chateau margó y del Burdeos, vinos hoy de última moda, é imprescindibles, porque en ciertas mesas son muy prosáicos los vinos españoles, cuando no existen en el mundo copas como las que alimenta la fértil tierra de nuestra pátria.

Los comensales habian llegado al periodo álgido de la comida y la espuma del Champam rebosaba los bordes de las doradas copas.

Todo era alegría.

Allí no tenian entrada los pesares, ni el recuerdo de la desgracia.

La felicidad es muy olvidadiza.

El Baron presidia la mesa.

Alfredito, uno de los de los comensales más eruditos y *discretos*, decia en alta voz para dominar el murmullo de aquella pléyade de *esperanzas*. — Que nos cuente el Baron á qué altura se encuentra de la última conquista.

—¿Quién es ella?—preguntó Renato.

—La novia de un torero,—contestó Paquito,—otro diamante americano engarzado en dublé.

—Que hable, que hable,—repitieron en tumulto aquellas *joyas* de la madre patria.

—Os complaceré,—dijo con petulancia el Baron, y continuó.

—Al cruzar guiando el tronco de mi jardinera junto á la fuentecilla de la calle de Toledo, ví una hermosa mujer.

—Una barbiana,—gritaron todos con estrépido infernal.

—Brindemos por ella,—dijo Paquito—y se alzaron con las copas en la mano, en tanto que uno de los camareros decia en voz baja á su compañero:—Los señoritos ya han entrado en el terreno flamenco.

—Como que ya se encuentran en la quinta de la Alegria—contestó el otro con irónica sonrisa.

Cesó el tumulto y prosiguió el Baron.

—Llevaba dos rosas prendidas tras de la oreja, ¡valiente mujer!

—Muy bien, esa es de *mistó*—decia Renato.

—Es de *buten*,—exclamaba Paquito.

—Es de *órdago*,—añadió el Baron, y continuó.

La miré, me miró.

Sonreí y sonrió.

Levantose de manos el alazan de la derecha y ella dió un grito de terror.

Partieron á escape los caballos. y al volver los ojos, ví que su mirada me seguia. Por la tarde, la ví tambien en la corrida.

¡Por la noche!... ¡oh! por la noche.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron los comensales entre ruidosos aplausos.

—Por la noche jugaba vuestro amigo con las trenzas de sus cabellos y entre suspiros que me remontaban al espacio del placer, trasladaba desde su tocado á los ojales de mi levita, las rosas de su prendido.

Otra salva de aplausos premio las azañas del Tenorio.

—Y se llama,—preguntó el Paquito.

—Como las flores que adornaban sus cabellos.

—¡Rosa!—exclamaron todos.

—Cuya fragancia —añadió el Baron con cínico alarde—es muy exquisita.

—Mentira,—dijo una voz, y mientras todos dirigian sus miradas á la puerta, apareció en ella un hombre de gallarda presencia, sombrero en mano, de franca fisonomía, pantalon ajustado, chaqueta corta y por la coleta que se escondia bajo el cuello de la misma, se adivinaba su profesion.

Tras de aquella valiente frase, lanzada en protesta de las aseveraciones del Baron, salió de todos los labios el nombre de ¡Rafael!

Asi se llamaba el torero que apareció en la puerta.

—Si —dijo este con enérgico acento—Rafael que viene gustoso á los postres que le habeis invitado, creyendo acudir á un llamamiento de hombres y se encuentra con deslenguadas mujerzuelas que desgarran la reputacion de una doncella más para que las auras de la mañana.

—Es tu novia—le preguntó el Baron.

—No señor—replicó Rafael—pero á ninguna mujer honrada se le insulta á mi presencia.

—Rafael es un paladin del sexo bello—dijo Renato.

—Es un caballero de lo Edad Media—añadió Alfredo.

—Debe poner escuela de moral—exclamó Paquito —y sería gracioso ver á un torero profesor de buenas costumbres.

—Los diestros en esta época civilizadora van ocupando gran sitio en nuestra sociedad—decia Renato.

—Como que algunos saben diferentes idiomas—añadia Paquito.

—Y otros tocan el piano—exclamaba Alfredo.

Y aquella turva de gomosos agenos á la educacion celebraban estos *chistes* entre ruidosa algaza-

bia; en tanto Rafael, con los brazos cruzados, esperaba que cesase el estrépito para dar una lección á los hombrecillos del porvenir.

Al fin Rafael habló.

—Tenorios en simiente que jamás brotará, suripantos en mantillas, considerando á todos juntos muy pequeños, y separados tan diminutos que no les veo, me marcho con el sentimiento de no enseñar á tan desgraciados alumnos, lo que ya tiene olvidado este afortunado maestro.

Pero téngase presente que en la imaginación de los toreros se encierra un buen sentido que poseen educación que á muchos les falta, y en sus pechos se anidan leales sentimientos que guarneceán almas bien templadas y sinceros corazones dispuestos á sacrificarse en bien de sus semejantes.

A nosotros, que nos sobra valor para luchar con la fiera, nos falta aliento para insultar á las mujeres y para castigar á sietemesinos que harta desgracia tienen con no haber nacido á tiempo.

Lo dicho, pues, caballeros, y si algo ocurre, para encontrarme, busquen Vds. á un hombre que les guíe.

Y con toda la sal que acompaña á nuestros toreros, salió Rafael de la casa, en tanto que los comensales echaban suertes por cual de ellos había de ser el primero en pedir explicaciones al diestro.

CAPITULO IV

LA LECHUZA

En el oscuro rincón de una taberna de la calle de Embajadores, sentada en un estrecho banco de madera y frente á una mesilla de pino redonda y pintada de color de chocolate, apuraba unas *tintas* la Lechuza acompañada de Pelucho y Covachuela, dos

mozos *apañaos*, timadores de oficio, ladrones de profesión y asesinos industriales.

La Lechuza había ejercido en el mundo todos los oficios, todas las profesiones, y ni ella encontró jamás á su conciencia, ni los tribunales hallaron el camino de encerrarla en la Galera.

Cuando ciertos seres llegan á ser notabilidades en *cualquier terreno*, hasta la justicia rinde tributo al *genio*, y las leyes se inclinan ante las *eminencias*.

La Lechuza era un genio. No se remontaba por el espacio, pero se arrastraba por el lodo.

Es lo cierto que gozaba de libertad con su podrido corazón y con sus maquiavélicos sentimientos pintados en su fisonomía, en la cual destacaba una nariz remangada, unos lábios amoratados, divididos ambos por una cicatriz que partía del pómulo izquierdo y terminaba en la parte derecha de una barba torcida, en la que como punto saliente destacaba una enorme berruga. Sus orejas descomunales separadas de la cabeza, hacían paridad con los ojos verdes y torcidos que indicaban la imperfección de su alma.

Completaba tanta belleza una frente estrecha accidentada y con pronunciadas arrugas.

De estatura elevada, se inclinaba hácia el lado izquierdo y andaba veloz cual una locomotora. El traje correspondía á la persona.

Pelucho y Covachuela eran los tipos vulgares dentro del crimen. Las facciones de ambos pregonaban sin cesar cuanto se encerraba en tan menguados seres.

Después de apurar la última ronda de *tintas* dijo la Lechuza.

—Buena la hicisteis zamarros.

—¿Hubieras tú hecho más?—contestó Pelucho.

—Maldita sea la que os dió la papilla—replicó airada la Lechuza—si yo me encargo del asunto, á donde estaría Salvador.

—En el otro barrio—replicó Covachuela.

—Ya lo creo—afirmó Pelucho con ironía.

—Pues no hay que dejarlo así—replicó Lechuza.

—Como que el chavó es manco—dijo Covachuela—valiente puñalada le dió al Rana.

—Vale á lo menos dos hombres y si nos descuidamos—murmuró Pelucho—de nosotros tres hace nueve.

—Y ¿el *Barbi* que acudió en aquel momento?—exclamaba Pelucho.

—¡Vaya una fortaleza! un torero señorito—dijo con el mayor sarcasmo la Lechuza.

—Un señorito que se llama Luis—repetía Covachuela—que de una estocada sienta á un toro y de un puñetazo derriba á un hombre.

—Valiente barbian está Luis, valiente señorito, y valiente matador.

—Ya teneis miedo—replicó irácunda la Lechuza.

—Eso nunca—contestaron los dos miserables.

—Acabemos, que el tiempo es oro—exclamó la Lechuza.

—Andando—contestaron—y la Directora continuó.

—En virtud al aviso que se le ha dado al Inspector de que esta noche se intenta un robo en la calle de Mira al Rio á las doce, no quedará ni un guardia en derredor de la fuentecilla.

Con traje corto por su puesto, llegais los dos á la puerta de Rosa.

Llamais diciendo sois portadores de una carta de Salvador, muy urgente.

Ella está deseando saber de él todos los momentos. A esa hora lleva dos de sueño la madre, que duerme arriba.

Entrais y como quien sabe *hacer negocio*, boca tapada, cloroformo y al coche, que os espera en la puerta.

—La chapuza es de peligro—manifestó Pelucho.

—No es verdad—replicó la Lechuza.—Las esquinas estarán guardadas. El Barón dentro del coche y Salvador en la cama con las heridas que le regalasteis: con tales condiciones, la operación la llevarían á cabo un par de *janvillo*s.

—Basta—dijeron á un tiempo Pelucho y Covachuela.—Ahora falta el *parné* de señal.

—A las diez en la taberna del Mellado.

—Allí estaremos.

Y uno tras otro abandonaron la taberna.

CAPITULO V.

INTRIGA Y PERVERSIDAD.

En un alegre gabinete amueblado con extremada sencillez y exquisito gusto, junto á un balcon que asoma á la plaza de Lavapiés, se hallaba bordando con verdadero afán, una encantadora niña, color trigueño, ojos negros, cuyas pupilas invadían las dos terceras partes de una esfera limpia y azulada, y que al agitarse turbulentos lanzando su mirada sobre el mortal que los contemplaba, se convertían aquellos ojos en puñales asesinos del corazón y el alma.

En medio de dos preciosas cejas que se extendían con libertad, y que no discrepaban de las magníficas pestañas, que, partiendo de modelados párpados, velaban aquellos focos luminosos, nacía una nariz aguilena, bajo la cual se dibujaban con primor dos labios, envidia de la purpurina y el coral.

La gracia, el donaire y gentileza, residían en Teresa.

Era hija de Madrid, y de la misma manera vestía con sin igual desenfado el traje de la maja, que con

sin rival elegancia daba vida y valor al atavío de la dama aristocrática.

Era un ramillete que embalsamaba la atmósfera, porque veinte primaveras habían arrojado sobre ella todas las flores que matizan el suelo de la provincia de Córdoba, las que acaricia el aura que besa á los muros de la Alhambra, y las que embellecen el jardín de España llamado reino de Valencia.

Teresa dirigía con frecuencia su mirada á la plaza, y la impaciencia agitaba su ser.

De pronto, volvió la cabeza hacia la puerta del gabinete y la Lechuza apareció.

Teresa hizo un gesto de disgusto.

—Buenas tardes—dijo la vieja con recogido acento y marcada falsedad.—¿No está tu madre?

—No, señora—contestó Teresa.

—¿Regresará pronto?

—Tal vez.

—La traía un cordón bendecido, muy especial contra las erisipelas y las malas miradas, y pronto traeré para tí, es decir, para Rafael, una reliquia que, llevándola consigo, no hay temor á las cogidas.

—Con gusto la compraré.

—Creo que no.

—¿Por qué razón?

—Porque antes habrá estallado alguna tempestad.

—No comprendo.

—Si fueres reservada, te contaría algo que te interesa.

A pesar de la prevención con que Teresa miraba á la Lechuza, la curiosidad le obligó no sólo á escucharla, sino hasta rogarla que hablase porque se trataba del hombre que había arrobado su alma.

Así, pues, la Lechuza dijo: No me descubras jamás, pero Rafael se porta muy mal contigo. Tú lo quieres como á la niña de tus ojos, y el infame está

chalao por la Rosa, y de paso que te engaña á tí, vende á su amigo Salvador.

Una bomba estallando á los piés de Teresa, no hubiera producido tan horrible efecto.

Pálida, convulsa, con sus ojos empañados por las lágrimas, exclamó:

—Eso no puede ser. ¡El! ¡asesinarme! imposible, no tiene tan perverso corazón.

Y rompió en amargo llanto.

La Lechuza había desgarrado su alma y continuó haciéndola girones, contando con vivos colores la defensa que de Rosa había hecho Rafael en casa del Barón.

Inmediatamente llegó la madre de Teresa y con la Lechuza se internó en las habitaciones á tiempo que Rafael cruzaba la plaza, fijando sus ojos en aquel balcon, donde estaba la brillante estrella que guiaba sus pasos, como la del Norte llevó á los reyes ante aquel pesebre, cuna del verdadero Soberano.

Rafael entró en la estancia.

Teresa lloraba.

—¿Qué tienes?—preguntó aquél con ansiedad.

—Que conteste tu corazón—exclamó la amante desolada.

—Me dice que lo tritura tu llanto.

—Tu inconsecuencia, tu traicion—decía Teresa entre sollozos.

—Antes muerto que faltarte—contestaba Rafael.

—No es cierto.

—Lo juro por mi madre, por la Soledad, habla que me ahoga la pena.

—Tú amas á Rosa.

—¿A la novia de Salvador?

—Sí.

—Mucho te quiero, pero la nobleza de mi alma no puede tolerar tales insultos. Yo no faltaré nunca, entendiéndolo bien, ni á mi amor ni á la amistad.

—Entonces, á qué fin...

No pudo continuar, una voz se oyó en el pasillo:

—Hay permiso.

—Adelante—contestaron á un tiempo Teresa y Rafael.

Y entró un torero llamado Valentin.

—Buenas noches—dijo—que ya se va haciendo tarde. Con permiso de V. Teresa, lee esta carta Rafael, que para tí me ha dado Salvador.

Teresa lanzó una penetrante mirada á Rafael sin apartar los ojos de su rostro en tante leía la carta.

El corazón le decia que aquella carta confirmaba cuanto la Lechuza habia expuesto y en aquellos momentos le era fiel su corazón.

—Que me des respuesta—dijo Valentin.

—La llevaré yo—contestó Rafael mal humorado.

—¿Ahora mismo?—preguntó Valentin.

—Sí, ahora, vámonos—y Rafael tomó el sombrero.

—Quisiera hablarte—expresó Teresa con dulce acento.

—Luégo—contestó Rafael con acritud.

—Si estorbo me voy solo—replicó Valentin.

—No faltaba más—contestó Rafael saliendo—y dirigiendo su vista á Teresa murmuró—ya vuelvo.

En tanto descendian por la escalera los dos toreros, Teresa se dirigió al balcon.

La pena destrozaba su existencia. Era el primer abrojo que habia encontrado en la senda de la vida.

Rafael en tanto sufría horriblemente, porque Salvador en su carta le llamaba falso amigo, y considerándole su rival, le retaba para cuando él curase de la herida que le infirieron los asesinos.

Rafael llegó á la calle ciego por la ira, cuando á los pocos pasos se le acercaron Paquito y Renato manifestándole su mision como padrinos del Barón del Bosque.

Rafael en medio de la situacion porque atravesaba

les contestó quedar enterado, pero no debió satisfacer esta contestación á aquellos *valientes* emisarios, cuando al insistir en su cometido expusieron entre otras razones para que Rafael aceptase el duelo, el honor que el Barón dispensaba á un torero elevándole á tal altura para medir sus armas como iguales.

Al llegar á este extremo, la cólera de Rafael estalló, y sin darse cuenta de lo que hacía, cogió á Paquito por la solapa de la levita, lo levantó del suelo para dejarlo caer, á tiempo que dió al Renato tan soberbio bofetón, que ambos rodaron sobre los mismos adoquines.

Renato y Paquito pedían socorro. La gente se arremolinó, los guardias acudieron. Rafael hizo frente acompañado de Valentin. Teresa presenciaba la escena muda de espanto, sin atreverse á gritar. Sonó un tiro y la preciosa amante de Rafael dejando el balcón cayó dentro de la estancia, bañada en su propia sangre.

CAPITULO VI

MAJAS Y BANDIDOS

Al ruido del tiro la madre de Teresa y la Lechuza acudían al balcón, cuando se encontraron á la maja más linda de aquel barrio, perdido el sentido y tendida en medio del gabinete.

Los gritos de la madre y de la infame Lechuza, atrajeron gran gentío, mientras entraban en la prevención de la Inclusa Rafael y Valentin con Paquito y Renato, seguidos de la muchedumbre.

Dos horas despues los presos continuaban en tan agradable sitio; Teresa se hallaba en el lecho rodeada de su familia y de numerosos amigos que acudían solícitos á interesarse por su salud.

La infortunada doncella conversaba con las majas

de Lavapiés, en las cuales dominaba la indignación.

Era de admirar en aquel recinto la actitud de las valientes madrileñas y las ocurrencias que brotaban de sus lábios al considerar como tratarían, si cayese entre sus manos, al que hirió á Teresa.

Cuadros como el que presentaba aquella estancia no se ven más que en España, y frases como las que allí se vertían, tan solo se oyen en la tierra que nacieron Quevedo y D. Ramen de la Cruz.

El tiro segun se aseguraba, se habia escapado del revolver de un guardia en medio de la confusion.

A la misma hora la tauromaquia invadia la prevencion y en todas partes se comentaban los hechos tergiversándolos como sucede siempre en tales casos.

Afortunadamente la bala no tuvo valor para matar tanta hermosura, y rozando en la parte inferior de la cabeza, fué á esconderse criminal en el aro del balcon.

La mucha sangre que vertió Teresa favoreció su estado, y segun la ciencia, la herida no revestia gravedad.

Mientras se sucedian estas escenas, la Lechuza que abandonó inmediatamente la plaza de Lavapiés, se hallaba reunida en la taberna del Mellado con sus cómplices Pelucho y Covachuela.

Estos la manifestaron la entrevista que habian tenido con el Baron al oscurecido y fuera del Portillo de Embajadores, en la cual habian recibido las últimas instrucciones *rematando* el asunto.

Con alegría se cruzaron algunas monedas de oro entre aquellas *benditas* manos, y la Lechuza para alentarlos en su camino, les esplicó la intriga, con la cual habia indispuerto á los amantes, y los resultados que de la trama se proponia para más adelante, harto provechosos para la *sociedad* que ella presidia.

Se ocuparon inmediatamente de un robo á domicilio que debia llevarse á cabo en la misma semana

y se despidieron animosos para verificar en aquella noche el rapto de Rosa.

CAPÍTULO VII

EL LADRON DE LA HONRA

Eran las once de la noche. A la cabecera de la cama de Teresa, se encontraban con su madre dos íntimas amigas, y en una vecina estancia tres toreros fumando y departiendo con tranquilidad.

Teresa dormía profundamente. Había recibido carta de Rafael en que le aseguraba verla al día siguiente, le hablaron de su lealtad todas las amigas, y en paz el espíritu, descansaba dulcemente el cuerpo.

A la misma hora, los diestros de más fama residentes en Madrid, salían del despacho del Gobernador llevando la libertad de Rafael y Valentin.

A poco tiempo de llegar aquellos á la prevencion, un carruaje se detenía en la esquina de la misma calle, salió el Baron del Bosque de su berlina y en voz solo podía oír que el cochero, le dijo—ya sabes donde has de esperar; nada te advierto.

Los caballos partieron.

Al abandonar la prision Rafael y Valentin acompañados de sus amigos entraba el Baron, para prestar fianza por los gomosos detenidos.

Escusamos relatar la alegría de Rafael al ver al Baron. Este se valió de todos los medios para alejarse de los toreros.

Imposible. Todos estaban enterados del asunto y secundaban la actitud de Rafael, que con mucho talento dió carácter amistoso al asunto para conseguir mejor el deseo que le animaba.

Todos se empeñaron en que el resto de la noche habían de pasarla juntos.

El Baron no podia manifestarse valiente entre aquellos corazones esforzados.

¿Qué hubiera sido entonces del calumniador?..

Con la dulzura en los lábios y la ira en el pecho, lo arrastraron sin medio de defensa á casa de Rafael, donde se improvisó una cena.

El Baron alimentaba la esperanza de evadirse antes de la una, hora la más crítica de su vida puesto que era la señalada para el robo de Rosa.

Todo estaba prevenido y hasta el acontecimiento de aquel dia facilitaba el hecho criminal.

En tal situacion el Baron se propuso seguir la broma. Se hicieron votos de olvido y de amistad eterna y los vinos espumosos se apuraban sin cesar.

El Baron se ilusionaba con ver ébrios á quienes tan mal se juzga por sus frecuentes giras, sin tener en cuenta que solo en continuada alegría pueden los diestros olvidarse de la muerte que constante se cierne sobre ellos.

Para conseguir su fin, se escedió el Baron, y á la una de la mañana, mientras que los demás comensales juzgaban cual se merecia aquella alma innoble, el ladron de la honra, el que iba á sembrar el infortunio en algunos corazones, se hallaba en la cama de Rafael, asoporado por completo, en el mas triste estado de embriaguez.

CAPÍTULO VIII

EL RAPTO

Las dos de la mañana iban á sonar. La berlina del Baron se hallaba en el sitio de espera. En los quicios de dos puertas de la calle de la Arganzuela. Pelucho y Covachuela. Más allá la Lechuza.

La calle de Toledo desierta.

El silencio profundo.

Y la impaciencia devorando á los ladrones.

Al fin la Lechuza se aproximó al más cercano que era Pelucho, y le dijo:

—El Barón no viene, adelante con el negocio. El cochero sabrá á donde ir y el Rojo y Canillas están á caballo en sus puestos esperando.

—Sea—contestó resuelto Pelucho que pasó por delante de Covachuela y éste le siguió.

Ambos llegaron hasta la puerta, llamaron cautelosos y, llevando á efecto las instrucciones de la Lechuza, realizaron el *negocio*, con tal suerte, que cinco minutos despues Rosa, bajo el poder del cloroformo ocupaba un rincon de la berlina y esta rodaba veloz por la calle de Arganzuela hacia el Mundo-Nuevo en el momento que Salvador aparecia en la esquina.

El diestro habia sabido los acontecimientos de aquella tarde, se consideraba con alguna culpabilidad por la injusticia con que habia tratado á su compañero, y su corazon leal no le permitia cruzar la noche sin abrazar á Rafael en la prision.

Así es que sin orden facultativa, dejó el lecho y se dirigia á la prevencion, cuando vió al carruaje en su rápida carrera. Un presentimiento horrible conmovió á Salvador y con la rapidez de la electricidad cruzó los pocos pasos que le separaban de la casa de su amante. Ve la puerta abierta, penetra en la morada busca á Rosa, la llama, nadie responde, despier-ta á la madre, y en tanto esta desolada pide auxilio y grita que le han robado á su hija. Salvador, loco frenético sigue la direccion que llevaba el carruaje.

CAPÍTULO IX

EL ENCIERRO

La berlina despues de cruzar el Mundo-Nuevo siguió la Ronda de Toledo, á cuya entrada la esperaban

como escolta el Rojo y Canillas, Rosa continuaba clo-roformada.

Apenas habian andado dos kilómetros cuando el carruaje se encontró con el encierro.

El mayoral que guiaba el ganado, dió el alto al cochero.

—Para maldesio—le gritaba un hijo de Sevilla.

—Malos perros te coman—gritaba otra voz y otras que sigúieron como el carruaje seguía su impetuosa carrera, lanzándose en medio de los bichos que asustados huyeron desvandados á derecha é izquierda.

El mayoral no pudo contener su furor y se dirigió al Rojo que á caballo caminaba al lado de la portezuela alentando al cochero en su tenacidad. Un tremendo puyazo derribó al Rojo, mientras una cápsula salía de un revolver para privar de la vida á uno de los caballos del tiro.

Luis que habia salido aquella tarde á la dehesa y que volvía con el encierro, cortó por lo sano.

El coche cesó de rodar, y Canillas y el cochero entablaron contienda con Luis y los pastores durante la cual y sobre una jaca cordobesa llegó Salvador junto al coche.

Delirante abre la portezuela, ve á Rosa privada del sentido, pero se expansiona el alma al contemplarla sola y escuchar la relacion hecha por Covachuelas, el cochero y Pelucho, que se *berrearon* por completo en cambio de la vida.

Momentos despues volvía la calma á la madre de Rosa al entrar esta en su casa acompañada de su sincero amante y de su leal amigo el cariñoso Luis.

Covachuela y Pelucho con los magullados Rojo y Canillas, buscaban á la Lechuza para dar cuenta del resultado, y prevenirse contra la justicia, á pesar de que por este asunto no temian, conociendo los corazones de los ofendidos.

El coche volvió á casa del Baron, el cual continua-

ba ocupando la cama de Rafael todavía con la consecuencia de sus excesos.

Al día siguiente, tan solo se hablaba en los círculos taurinos de los acontecimientos del día anterior, que con verdadero misterio corrían de boca en boca.

CAPÍTULO X

LA CORRIDA

Un sol brillante de los primeros días de Junio iluminaba la calle de Alcalá, y daba luz al sin rival horizonte, á ese precioso y trasparente cielo, que sirve de techumbre á la capital de España.

El pueblo de Madrid alegre, bullicioso, conservando su afición al arte de Costillares y Pepe-Hillo, de Montes, Chiclanero y Cúchares, afluia por todas direcciones á la fuente de la Civeles, para cruzar el arco monumental que fué antes paso á la preciosa calle renombrada por todo el universo.

La Puerta del Sol era el punto de donde partía una gran fila de carruajes, cuyos caballos enjaezados á la española, con sus colleras de cascabeles, piafaban á las voces de los airosoz zagales gritando—«á la plaza á tres reales»—«caballeros arriba que salemos escapaos», «arriba las barbianas», las majas de más trapío, de más calía, lo mejor del mundo ¡olé! ¡viva el salero!

Y un mayoral exclama—«suba V. prenda que yo sé llevar á las mujeres en volanda hasta el Paraiso, y allí les enseño la gloria.»

—¡Ay! chachipé—dice otro desde su pescante—no me la quites que me ahogará la fatiga, se me alterará el pulso y el ganado saldrá huido.

Allá exclama un chulo—¡olé gitana!—viendo pasar una maja de las Vistillas.

Aquí se escucha á un mozo bien plantao, dirigiéndose á una hija de Lavapiés.—Benditos sean sus

abuelos que fabricaron á un padre, que supo hacer cosa tan divina.

—Paso á la gloria del mundo—grita un grupo compuesto de todas las clases sociales, de pollos de americana y levita, de gorrillas y sombreros.

—Paso á la perla más preciosa que encerraron las conchas de la mar, al astro que ilumina al mundo flamenco—y todos abren calle, arrojando á sus piés gorras y sombreros.

La estrella que lució la vez primera en el distrito de la Latina, pisando gentil aquella alfombra, tercia el manton de Manila y contesta á los aplausos con una sonrisa, capaz de volver al mundo á los muertos de cien años.

Y corren á un mismo tiempo la calesa de antaño, con el ómnibus de ogaño, la tartana de ayer, con el landó de hoy.

Allí el pañolon de ocho puntas y la tradicional peineta; más allá el sombrero de la dama y junto á ella la española mantilla, que sujeta á un prendido de flores, descansa sobre los hombros encerrando entre sus pliegues y sus picos de castañuela, toda la gracia que puede descender sobre la tierra, desprendida de la gloria celestial.

De pronto se oye un rumor de admiracion y así los que ocupan los carruages, la multitud que inundan las aceras, como los que ocupan los balcones de la calle de Alcalá, se fijan en un cestillo de mimbres que arrastran seis preciosas jacas, luciendo arneses primorosos, cubiertos de cascabeles.

¿Quién ocupaba el carruaje objeto de las miradas?
Teresa y Rosa.

No hemos de detenernos en describir los trajes que ostentaban, pero sí hemos de asegurar que eran los verdaderos tipos de las majas españolas que tantos pinceles han llevado al cuadro, y tan distinguidos escritores han reproducido con sus plumas.

Seguidamente y en carretela descubierta, lucian sus preciosos vestidos recamados en oro, Rafael, Salvador y Luis.

Lidiaban aquella tarde.

Por donde pasaban Teresa y Rosa, caía una nube de requiebros, rocío que refrescaba las sienes de aquellas encantadoras españolas y que les hacía olvidar los disgustos que les había proporcionado la infamia de malvados corazones.

Por donde cruzaban Salvador, Luis y Rafael con sus compañeros, los aplausos mataban el ruido que producía la alegre multitud y el rodar de miles de carruajes.

Llegamos á la plaza.

El aspecto que presenta el redondel no hay quien pueda descubrirlo con verdad.

En el sol suda la gente,
con más calor que en la fragua
aguardando al presidente,
y se oye constantemente

¡Naranjas! ¡Quién quiere aire? ¡Agua!

Se escucha la música, llega el presidente, agita el pañuelo, aparecen las cuadrillas con los golillas al frente, suenan las palmas y á los diestros les parece estrecho el redondel ante su garbo y arrogancia.

Saludan á la presidencia y ocupan sus puestos.

El alguacil entrega la llave al Buñolero.

Momento de espectacion.

Se abre el chiquero y comienza la corrida que fué brillante.

Los diestros cumplieron como buenos, y la gente de á pié y á caballo, demostró la serenidad del hombre, el valor y la inteligencia del torero, que sabe luchar y vencer á la fiera.

Júzguese come se quiera este espectáculo, pero hay que conceder, que en él se suceden hechos dig-

nos de aplauso y admiracion, como las demás naciones tienen que conceder tambien á España la supremacía en valor é hidalguía á los hombres, y en gracia, corazon y gentileza á las mujeres.

CAPITULO XI.

UNA GIRA.

Al dia siguiente, en una gira campestre, con asistencia de los amigos de Rafael, Salvador y Luis, festejaban con Teresa, Rosa y sus familias el triunfo de la lealtad sobre la traicion de los satélites del Baron del Bosque.

La Lechuza y sus cómplices habian caido la noche anterior en poder de la justicia al practicar el robo que tenian proyectado.

El Baron se hallaba huido en el extranjero y sus allegados Renato y Paquito continuaban presos.

Al terminar el dia de campo, todos suplicaron á Teresa recitase algunos versos de una zarzuela que pronto habia de representarse, y cuyo autor se encontraba presente.

Luis, amante de Talía y rindiendo culto á las musas, encareció la súplica de los demás, y la encantadora y simpática Teresa, accediendo cariñosa, lució sus brillantes dotes en la declamacion, describiendo en verso una corrida, que terminó con la siguiente quintilla entre los más ruidosos aplausos de escritores, MAJAS Y TOREROS:

Pálida es la relacion,
y mi lábio á nadie engaña,
no le falta ilustracion
y le sobra corazon
al que ha nacido en España.

OBRAS TERMINADAS Y EN VENTA

LA PASION AL DINERO

DOS TOMOS

ORIGINAL DE

LUIS BLANC

PRECIO 40 CENTIMOS DE PESETA

MAJAS Y TOREROS

UN TOMO

ORIGINAL DE

LUIS BLANC

PRECIO 20 CENTIMOS DE PESETA

EN PRENSA

LA LOCA DE LAS OIAS

ORIGINAL DE

SOFIA TARTILAN

ADMINISTRACION :

ALCALÁ, 45, SEGUNDO.

MADRID.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número... 143 Precio de la obra..... ..

Estante... 1 Precio de adquisición

Tabla... 4 Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..

10

